

Quillota

En la buena revista argentina *Síntesis*, que dirige don Martín S. Noel, se inserta este fragmento de un libro de Ricardo Rojas próximo a publicarse, *Gentes y Paisajes de Chile*. En este volumen el culto poeta, historiador y crítico reúne algunas de sus impresiones de viaje por Chile.

PARA los turistas que parten de Santiago a Viña del Mar, ansiosos de llegar a la ribera, Quillota es apenas el nombre de una estación sobre el camino. Para los chilenos, Quillota es una aldea rutinaria, desprovista de motivos estéticos que justifiquen un viaje hasta ella. Para mí, en cambio, Quillota era una ciudad de leyenda, por haber Alberdi escrito allí contra Sarmiento las formidables epístolas que llamamos *Las Quillotanas*, precisamente por el sitio en que las escribió.

Cuando algunos amigos chilenos oyéronme decir una tarde en la redacción de *El Mercurio*, que deseaba visitar este pueblo, todos me desanimaron, asegurándome que carecía de interés.

—Para mí lo tiene—respondí.

—¿Para Vd? ¿Y por qué?

—Porque allí vivió Alberdi durante una época decisiva de su vida.

—Es un noble motivo—me observaron—; pero no es suficiente para ir a padecer malos hospedajes. Allí no van sino viajantes de comercio y agricultores de la región.

—Me bastaría estar allí unas horas, para poder decir que he estado en ella, y que Quillota, como la Mancha, existe...

Pocos días después realicé mi propósito.

Un rápido mañanero que corre de Valparaíso a Santiago, me llevó en una hora desde Viña a Quillota, y volví en el rápido de la tarde, que regresa de Santiago al balneario del mar.

Quillota existe, puedo afirmarlo ahora; existe la ciudad que Alberdi hizo famosa en la Argentina, por haber datado allí sus cartas contra Sarmiento, después de la caída de Rosas y su sistema.

Pero ¿qué digo? Sarmiento mismo estuvo en Quillota el año 1842 y la describió en *El Mercurio* de Valparaíso, fingiéndose un turista norteamericano. Hizo el viaje a caballo desde el puerto; pasó por el Almendral, el Cerro Alegre, el Campo de las Siete Hermanas, el Valle de San Pedro, y una hora después su cabalgadura entró en la aldea del verdegueante quillotano.

«Es Quillota—dice Sarmiento—una población reducida, con poca extensión y contadas habitaciones en derredor de la única plaza que tiene; la mayor parte de sus habitantes reside en un arrabal llamado la calle Larga que se prolonga por más de dos leguas, alineadas por ambos costados las habitaciones mezquinas, pero que abrigan en cambio mujeres lindísimas que por lo general ostentan en su fisonomía, y sin el triste auxilio del arte, la bella mezcla de los colores de la azucena y de la rosa. El clima es delicioso, dando, por su temperamento ardiente en el estío y benigno en el invierno, crecimiento y sazón a varios árboles de los trópicos; el aromático chirimoyo y el verde lúcumo mezclan sus follajes con el naranjo y el limonero, cuyas frutas gozan de merecida reputación por su exquisito fresco en todo el ámbito de la república; y aunque los primeros no podían brindarnos sus frutos, los reemplazan con ventajas las manzanas camuesas que exceden en bondad a todo lo que en otras partes he gustado.»

El artículo de Sarmiento (que puede verse en el tomo primero de sus *Obras*, tan henchido de substancia chilena), descri-

be luego el origen de esta ciudad, sus fiestas sociales, sus prácticas religiosas, uniendo a la pintura la crítica, con esa mezcla de ingenuo romanticismo y de propósitos sociales que entonces procuraba realizar en sus escritos.

Ochenta años después que Sarmiento, he realizado yo su mismo itinerario; pero en ferrocarril, como él lo hubiera deseado. El camino ha cambiado un tanto, en población, en nombres y en cultivos. ¿Cuál es el Cerro Alegre de antaño? ¿Cuál es el Campo de las Siete Hermanas, donde apretaba el corazón del caminante una leyenda de bandidos?... Por aquel entonces Viña del Mar no existía, ni eran tan extensas las hoy famosas viñas de Limache. Cuando el tren ha pasado este lugar, el panorama se abre en un anfiteatro de altas serranías, y el convoy entra por lo que debió ser la antigua calle Larga, entre quintas que sazonan el aire con el perfume de las más sabrosas frutas. En la estación, las vendedoras se acercan a los coches ofreciendo manojos de flores en sus canastillas, succulentas ciruelas, carnosos priscos, refrescantes peras de agua.

Salí de la estación para recorrer al azar las calles del pueblo. Las calles angostas y rectas, las manzanas cuadrangulares, las casas bajas, con aleros de teja, según el aspecto de las viejas villas hispanoamericanas. El ámbito era silencioso y de una dulce tibieza; el cielo, intensamente azul; las montañas aparecían al fondo de las calles, con sus moles oscuras. Las gentes iban a pie, bajo el dorado sol de la mañana: unas mujeres, con la canasta al brazo, volvían de hacer sus provisiones; otras, con el manto a la cabeza, volvían de oír su misa. Había en todo aquello, para mí, reminiscencias de algo antes contemplado. ¿Era Jujuy, acaso? ¿Era el antiguo Tucumán? Quizá vino Alberdi a recogerse en este pueblo, porque encontraba en él un ambiente análogo al de su aldea nativa... La montaña ataja aquí las brisas de la costa; cálidas aguas fertilizan el valle; prosperan en la atmósfera húmeda las naranjas y las chirimoyas; los patios se cubren de lujuriantes helechos y jazmines embriagadores; la carne femenina se macera en ensueños de misticismo y sensualidad. Algo de todo ello descubrió Sarmiento, en rápida

visión, con sus ojos de artista. Mucho de todo ello debió sentir Alberdi cuando aquí viviera hace ya tantos años.

Yo había querido ir a Quillota, en edad en que aun sentía estas emociones, sin cartas de presentación, y a nadie conocía en el pueblo. Había caminado a la ventura por la calle principal y por el suburbio, viendo acá la tienda de un mercader de paños, allá el taller de un artesano herrador, acullá la acequia que regaba una huerta, y mientras yo pasaba por ahí atrayendo las miradas de los vecinos, que se acercaban a ver al forastero, de pronto una anciana sencilla, con esa amabilidad curiosa que suelen tener las viejas de los pueblos apacibles, me saludó muy gentilmente.

—Esta viejecita de cabellos canos, que así me sonríe, debe de ser la tradición y el alma de Quillota —pensé.

Y seguro de que hablándola satisfacía mi curiosidad y la suya, me llegué a la puerta en donde estaba, que era un puesto de frutas, y le dije:

—Señora: yo soy argentino, y he venido a conocer su pueblo, que es famoso en mi tierra.

La buena mujer se mostró muy hospitalaria y ladina. Como yo le dijese que en Quillota había vivido hacia 1853 el doctor don Juan Bautista Alberdi, hombre célebre en América, y le preguntara si ella no lo había oído nombrar, me respondió que no, pero agregó en seguida:

—Más anciano que yo, y de una familia quillotana más vieja, es el propietario de esta casa, don Eleuterio, que vive aquí en los fondos: si usted es gustoso de ello, yo lo puedo llamar, y él ha de complacerlo mejor que yo sobre noticias antiguas de este pueblo.

Fué la señora al traspatio y volvió con don Eleuterio, personaje cuellicorto y obeso, de tez amarillenta, de párpados rojizos y pelados, de hablar pastoso y tartamudo. Lo traía la curiosidad, pero lo retraía la desconfianza. Don Eleuterio era sordo, pero al fin conseguí que me entendiera.

—Sí, señor: le pregunto si usted no ha oído nombrar a un tal Alberdi, que cuando usted era niño, vivió aquí en Quillota.

—¿Valverde, me dize? Cómo no. Sí los he conocido. Vivían aquí a la güelta. Los Valverdes han sío toos d'este pueblo.

—No, señor. Valverde, no... Alber-di, don Juan Bautista Alberdi, un doctor argentino.

—¿Argentino? Entonces ha e ser don Cesáreo Gardel. Zi, pues eze era argentino. Fué mi preceltor. El nos enseñó el silabario, a mí y a mi hermana Balbina.

Vi que nada podía conseguir de don Eleuterio, y pregunté si no había en Quillota algún anciano que pudiese darme otras noticias. La viejecita de cabellos blancos, deseosa de mostrarse más amable, me avisó donde vivía el señor X, un octogenario, cuyo padre, hombre principal, había sido un emigrado argentino, que se casó en Quillota, y él debía saber lo que yo preguntaba. Al oír aquello, se me antojó la ilusión de que podría averiguar hasta en qué casa había escrito Alberdi sus *Quillotanas*.

A la plaza llegué caminando primero por la calle principal, en donde está el comercio cosmopolita, acaparado por gente de nacionalidad improbable, judíos y sirios en su mayoría. Pasé por «la paquetería» que se llama *La Flor de Grecia*; doblé por otra calle donde está la *Panadería de los Aliados*, a cuya puerta aguardaba un hirsuto burrito con las árganas repletas de bollos perfumados, y llegué sin mucho andar a la esquina de la plaza. Había en torno la inevitable iglesia, la necesaria botica, la indispensable escribanía, y entre los frondosos árboles del centro, el quiosco de las crónicas reíretas, en donde suelen *pololear* las bellas quillotanas. Una paz realmente provinciana reinaba en aquel lugar. El sol de mediodía doraba ya las aceras y las polvorosas calzadas. En un banco de la plaza, guarecido a la sombra, estaba un chiquillo harapiento, pregonando diarios: me vendió *El Mercurio* de Valparaíso, de esa mañana, y él me avisó cuál era la casa que yo buscaba.

La casa que me indicó era baja, con rejas a la calle y ancho zaguán cuya cancel dejaba admirar el espacioso patio florido. Mientras aguardaba a que viniesen a abrirme, eché una ojeada al periódico de Valparaíso, y con grata sorpresa vi mi re-

trato y mi nombre en grandes letras, seguido de un artículo que me saludaba por haber estado el día anterior en aquel puerto. «He aquí una buena presentación para el señor X», pensé... La criada que me atendió dijome que el amo no estaba en casa; acababa de salir a ver un hermano muy enfermo; pero el señor X era, precisamente, aquel caballero que iba entrando en la plaza, y, si yo tenía urgencia, podía alcanzarlo. Así lo hice. Me acerqué al caballero, un hombre distinguido, de tez rosada y barba blanca; le di mi tarjeta y el número de *El Mercurio*; le pedí excusas por aquella manera de presentarme; le dije que estaba pasando unos días en Viña; que se me había ocurrido conocer Quillota por haber vivido en ella nuestro Alberdi; que yo estaba encantado de su pueblo, y que deseoso de saber si alguien recordaba allí al autor de las *Quillotanas*, me había dirigido a él, por ser en cierto modo argentino...

—Yo soy chileno, señor—me contestó secamente.

—Sí, señor. Me dicen que usted nació en Quillota, hace ya setenta años, pero que su señor padre fué argentino.

—El era de Córdoba, donde dejó muchos parientes.

—¿Debió venir a Chile en la época de la tiranía de Rosas?

—Sí. El año 40. Después de una revolución que hicieron en Córdoba.

—Luego, pues, ha sido compañero de adversidades con los otros argentinos que emigraron a Chile, Alberdi entre ellos.

—¿Quién?

—Alberdi.

—No lo conozco.

—¿No lo conoce Ud?

—No, señor.

—Eso es raro, siendo usted quillotano e hijo de argentino. Aquí vivió Alberdi, compatriota de su señor padre, traídos los dos por una misma fatalidad, y aquí escribió Alberdi un libro que los argentinos llamamos *Cartas Quillotanas*, escrito después de la caída de Rosas, contra Sarmiento, a quien acaso habrá oído nombrar usted.

Mi interlocutor me miró silencioso.

—Pues vea usted qué cosa más absurda, observé: Quillota es conocida de los argentinos por Alberdi, y aquí nadie lo recuerda. Yo creía que usted, al menos, conocería su nombre. Perdóneme usted, señor.

Y me alejé, saludándolo con mucha reverencia.

Después de aquel diálogo frustrado, resolví regresar a Viña en el primer tren, y me encaminé a la estación, reflexionando sobre estos mitos que nos forjamos a veces los hombres familiarizados con la historia. De pronto, una experiencia nos revela que nuestra ilusión individual no corresponde a la realidad colectiva. Así Quillota existe en Alberdi, pero Alberdi no existe en Quillota. Yo creo que la enseñanza primaria de uno y otro país, en ambos lados de los Andes, podría divulgar ciertos nombres que dan persistencia a la tradición local de una aldea y que tejen la trama de dos naciones en una sola cultura: Henríquez, Bilbao, Lastarria, para los argentinos; Mitre, Sarmiento, Alberdi, para los chilenos.

Y mientras me encaminaba de regreso a Viña del Mar, mi silencioso monólogo evocaba esos nombres en el ambiente de aquella aldea borrosa, y de sus lejanas montañas azules, perdidas en el horizonte...

RICARDO ROJAS.